



Profecías

No nos gusta hacer profecías; el oficio de profeta tiene más quiebras que logros, como se vió bien claro durante la guerra; pero el historiador — y papel de tal es el que principalmente asumimos — ha de tratar de ver en el futuro, siquiera en el más próximo. Y se nos pregunta qué salida, que no sea catastrófica, vemos para la causa liberal y civil en España.

El poder supremo o moderador — y no porque modere nada — habrá de resistir todo lo que pueda llamar a sus consejos a la Coalición Democrática de que es ahora Verbo — y no sabemos si Espíritu Santo — don Melquiades Alvarez. Para eso mantiene ese poder en reserva al Conde de Romanones; para ver si para el golpe de los que piden la reforma de la Constitución, y con ella el fin de las aspiraciones al absolutismo. El poder supremo no se aviene a ser pura y estrictamente constitucional, ni renuncia a los pujos imperiales.

Pero si al fin no hay más remedio que llamar al Gobierno a los de la Coalición Democrática, y éstos siguen bajo la jefatura doctrinal del señor Alvarez, éste tratará de que se hagan unas elecciones libres y honradas y sin las ingerencias altísimas que hubo en las últimas. Hasta se dice que llevaría para ello a Gobernación al señor Pedregal. Lo que estaría muy bien. Mas ni aun así lograrían los liberales, los de la Coalición Democrática, llevar mayoría. Ni aun entrando en ella los romanonistas. Que si don Eduardo Dato apenas logró mayoría, aun entrando en liza el máximo electorero, menos la lograrán los liberales.

Y aquí estará su salvación, si es que la tienen. Su salvación estará en que sólo puedan gobernar, tener mayoría, apoyándose en su izquierda, en los elementos antidinásticos de la izquierda, con republicanos, socialistas y afines. Porque éstos les obligarán a llevar a cabo toda la reforma constitucional que han prometido y aun mucho más que ella. Hasta llegar a una Constitución que esté por encima de las determinaciones de forma de gobierno y que pueda seguir rigiendo cuando la monarquía desaparezca de España, que puede ocurrir antes de lo que creemos y esperamos.

Los llamados liberales — albistas, demócratas, romanonistas — y los reformistas no podrán no ya gobernar, más ni aun constituir mayoría, sino con los antidinásticos, con los antimonárquicos. Es decir, que antes que monárquicos tendrán que ser liberales.

¿Y qué podrá suceder luego? Sucederá que llegará un momento en que su liberalismo entrará en conflicto con su mo-

narquismo. O también su patriotismo con su lealtad. Llegará un momento en el proceso reformista en que la reforma, la indefectible reforma constitucional tropezará con la voluntad soberana; llegará un momento en que quien según la Constitución vigente es «por la gracia de Dios rey constitucional de España», se encontrará con que esta fórmula es una contradicción, y que lo que hay debajo de esa «gracia de Dios», la tradición dinástica, está reñido con el constitucionalismo. Y vendrá lo que tiene que venir. ¿Qué harán los liberales constitucionalistas, qué harán los reformistas ante esto? ¿Qué hará el señor Alba que una vez hablaba de República coronada? ¿Qué hará el Conde de Romanones que ha dejado escrito que a las monarquías constitucionales tienen que suceder las integramente democráticas? ¿Qué hará, sobre todo, don Melquiades?

Porque el conflicto llegará; tiene que llegar. No cabe suponer una sumisión completa del poder real. Ni aun, en caso de ocurrir, cabría fiarse de ella. Sería algo como lo que pasó en 1820 que preparó lo de 1823. La historia le enseña al pueblo español a no fiarse de sumisiones de la Corona. Esta no tiene derecho a la confianza del pueblo.

Llegará el conflicto, tiene que llegar, y ¿cuándo llegue? Según las normas de lo que llaman lealtad, en este caso los liberales deben decir al poder moderador: «Pues que no tenemos ya su confianza, nos retiramos del gobierno y llame a otros y consulte de nuevo la voluntad del pueblo en los comicios.» Pero nosotros creemos que en el caso de ese conflicto, que llegará, el deber del reformismo es decir al poder real: «Ya llegó la hora, retírese y déjenos gobernarnos por nosotros mismos, que no hay más soberano que el pueblo.» ¿Se atreverán a esto?

Lo que es decir que si la Coalición Democrática cumple con su deber, con un deber patriótico, no puede llegar al gobierno sino a preparar el tránsito a otro régimen. Pero, ¿son ellos, los coligados, culpables muchos de las torpezas de este régimen, los que han de hacerlo desaparecer? Para lo cual lo primero era residenciarlo, exigirle responsabilidades, hacer el proceso del régimen. Que podía empezarse por depurar todas, absolutamente todas las responsabilidades del desastre de Annual, a partir de la del iniciador y «colector» de la silvestrada de vísperas de Santiago Matamoros.

¿Sucederá esto así como prevemos? Pues si no sucede así será peor. Será peor, porque o continuará consumiendo a España la podre de este régimen de fatalidad y de frivolidad y de clandestinidad, o habrá un cambio catastrófico. Lo que no puede continuar dignamente es la monarquía.

Miguel de UNAMUNO.

